



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
GRADO EN COMUNICACIÓN GLOBAL

TRABAJO FIN DE GRADO

LAS MÁRTIRES BÚLGARAS

Tragedia y Propaganda en el Arte del Siglo XIX

María Gutierrez Villaverde

Director: Iván Alonso Peláez

Índice

| | |
|---|----|
| 1. Finalidad y motivos | 3 |
| 2. Introducción | 4 |
| 3. Estado de la cuestión | 5 |
| 3.1. El Imperio Otomano en el Imaginario Occidental, un Gigante en crisis | 5 |
| 3.2. La creación de una conciencia búlgara | 7 |
| 3.3. El levantamiento del 1876 | 9 |
| 4. Marco teórico | 11 |
| 4.1. Sobre la propaganda y el paso de la historia | 11 |
| 4.2. Arte y propaganda política | 14 |
| 4.2. Ethnosimbolismo, la creación de la etnia y la nación | 16 |
| 5. Metodología | 20 |
| 6. Análisis | 22 |
| 6.1. El levantamiento de 1876 en el imaginario Búlgaro | 22 |
| 6.2. Fuentes de propaganda | 24 |
| 6.3. La imagen del enemigo turco en Rusia | 27 |
| 6.4. Propaganda en el arte: Las Mártires Búlgaras | 30 |
| 7. Conclusión | 34 |
| 8. Bibliografía | 36 |

1. Finalidad y Motivos

Como requerimiento fundamental para completar mis estudios de grado en Comunicación Global por la Universidad Pontificia de Comillas, es requerido presentar una tesis con relación a mi especialidad en comunicación política. Así pues, he escogido la temática del uso del arte como forma de propaganda, centrándome en el caso del nacionalismo búlgaro durante el siglo XIX en contra de la ocupación otomana.

Arte y política parecen haber ido de la mano durante gran parte de la historia, en especial en las últimas décadas. Si bien el arte puede ser un medio reivindicativo y una forma de expresión política para aquellos que se sienten oprimidos por el *status quo*, también es una forma de las élites de evocar sentimientos sencillos y cautivadores para otros propósitos ligados a fines jerárquicos.

Pese a que el tema a tratar es angosto y puede presentarse como insignificante en comparación con casos mucho más estudiados, como puede ser la propaganda durante la Segunda Guerra Mundial o el caso soviético de la Guerra Fría, es importante recalcar la trascendencia de estos hechos, que a lo largo del trabajo serán analizados, como punto clave no sólo de la creación de una opinión global acerca del levantamiento Búlgaro que tuvo lugar en 1876 contra el Imperio Otomano, sino en la creación de toda una retórica y mística que creó una nación, un pueblo y una causa.

El caso búlgaro es un ejemplo perfecto del uso del arte como forma de propaganda política y cómo ésta atrajo a potencias mundiales, tales como Rusia o Reino Unido, a su causa. Si es demostrable que factores como estos influyeron en la caída de un gigante tal como el Imperio Otomano y en la unificación de un pueblo como el búlgaro, puede servir de piedra angular para discernir el mundo en el que vivimos hoy en día.

Es crucial entender la trascendencia que hechos pasados han tenido en nuestra comprensión de la historia y cómo surgen narrativas a través de simples hechos como un cuadro, una palabra, un panfleto. Es necesario reconstruir estas narrativas que durante tanto tiempo hemos asumido y sustituirlas por una visión global de la realidad. Arte y propaganda. Oprimidos y opresores. Y al final, percepciones.

2. Introducción

El siglo XIX estuvo marcado por profusos cambios políticos y sociales. Las consecuencias de la Revolución francesa, el surgimiento de ideas románticas de nacionalismo y la erupción del modelo capitalista en Europa, crearon un paradigma cambiante donde los grandes imperios multiculturales parecían no tener cabida. A caballo entre Asia, Europa y África, el Imperio Otomano se erguía como el más heterogéneo culturalmente de todos ellos. Si fue la incapacidad de adaptarse a este nuevo mundo o las presiones exteriores lo que propiciaron su declive, formará parte de la discusión en los siguientes apartados.

La Gran Crisis de Oriente fue uno de los pilares fundamentales para la creación del orden mundial moderno. Este periodo, entre 1875 y 1878, marcó el punto álgido de la Cuestión Oriental, en el que las grandes potencias europeas del momento, a saber, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Austria-Hungría responderían a la lo que parecía un declive de la autoridad otomana en la península de los Balcanes (Hanioglu, 2008). En lo que atañe a Bulgaria, una nueva élite, ambiciosa y educada en Occidente, nacida del cambio del sistema feudal por uno capitalista, organizó una efímera rebelión nacionalista contra el Imperio Otomano en abril de 1876. Su rotundo fracaso difundió, sin embargo, las noticias de supuestas atrocidades otomanas contra los cristianos, que se transmitieron y circularon a lo largo de Europa, cambiando no sólo la opinión pública sino ganándose el apoyo de las autoridades regentes. Los acontecimientos se enmarcaron como los “Horrores búlgaros”, en los que inocentes y laboriosos cristianos fueron masacrados por los bárbaros turcos musulmanes (Şimşir, 1988). Esta percepción, difundida a través de periódicos, panfletos, reuniones públicas, peticiones y poderosas protestas públicas, impactó los intereses geopolíticos de las grandes potencias y los transformó, apoyando una política exterior basada en ideales raciales y religiosos de progreso en la región. La opinión pública de la Europa occidental, al limitar el alcance de las acciones que se consideraban aceptables, impidió el tradicional apoyo militar de Gran Bretaña al Imperio Otomano, lo que dio lugar a la guerra ruso-turca de 1877-78 y al posterior proceso de paz de Berlín en 1878.

La Gran Crisis del Este no fue causada ni resuelta simplemente por fuerzas estructurales impersonales de la macroeconomía, la guerra, las conferencias de paz y la diplomacia de alto nivel. Los factores culturales, en particular el dogmatismo cristiano, el moralismo liberal y el determinismo racial, subyugaron la construcción y resolución de esta crisis internacional. “Los revolucionarios búlgaros, aprovechando las nociones de nacionalismo cada vez más arraigadas en las poblaciones europeas, adoptaron y negociaron eficazmente estas preconcepciones culturales para acabar asegurando su propio poder político y la autonomía final del Estado búlgaro” (Whitehead, 2014).

La idea de una superioridad cristiana europea que se oponía a la supuesta degeneración musulmana de Oriente sirvió como filtro para la información que llegaba a Occidente sobre las revueltas búlgaras. Así pues, una mezcla de propaganda a través de corresponsales y arte fomentó una narrativa de opresión antinatural, desproporcionada e impía hacia los cristianos que habitaban las regiones de Bulgaria. El ejemplo del Levantamiento de Abril de 1876 no es sino un ejemplo perfecto de cómo la opinión pública puede movilizar masas y cómo el uso de la propaganda puede servir para causas tanto justas como injustas.

3. Estado de la cuestión

3.1. El Imperio Otomano en el Imaginario Occidental: un gigante en crisis

El desconocido contexto otomano se trata con frecuencia como algo monolítico, aislado de los movimientos sociales y culturales europeos, y limitado por un conservadurismo innato y unas creencias religiosas dogmáticas. El Imperio Otomano se trata hoy en día con el mismo misticismo que las canciones y cuentos populares de antaño. En las últimas décadas varios autores han intentado transformar esta narrativa, demostrando el carácter dinámico y moderno de su historia hasta su caída a principios del siglo XX (véase Faroqhi, 1999; Hanioglu, 2008; Finkel, 2005); a fin de cuentas, las políticas otomanas se caracterizaban por una mezcla de pragmatismo y tolerancia religiosa como consecuencia de su heterogeneidad étnica (Berry, 2018).

Pese a estos hechos, entre la mayoría de académicos permanece la denominada “teoría del declive” (Bernard, 1958), en la que el auge de los movimientos cristianos, liberales y nacionalistas dentro del propio Imperio Otomano llevaron a una inevitable decadencia, estancamiento y por tanto a un declive de este que finalizaría con su disolución tras la Primera Guerra Mundial. Fue la incapacidad de los gobernantes de aquel momento de cambiar un sistema considerado como “enfermo”¹ lo que acabó con la hegemonía turca.

La invasión napoleónica de Egipto en 1798 fue un golpe aplastante en todos los parámetros, tanto militar como económica e ideológicamente. La traición de Francia, por tanto, instigó una poderosa oposición religiosa y militar sobre cualquier tipo de reforma liberal y a la

¹ Turquía como el “hombre enfermo” de Europa fue un calificativo muy utilizado por la prensa británica para referirse a los otomanos.



influencia cultural occidental. Además, el paso de Napoleón y su ejército por Europa y África promovió el concepto de nacionalismo. La imposición de nuevos impuestos para pagar la campaña contra los franceses, la escasez de alimentos, la rebelión abierta sin control y la percepción de la debilidad de la Sublime Puerta² condujeron a quince años de agitación, incluyendo la ruptura general de la autoridad central otomana y el bandolerismo generalizado en las provincias balcánicas (Whitehead, 2014).

Las subsecuentes guerras con Francia y Rusia a lo largo del siglo XIX agravarían la situación dentro de las fronteras otomanas. La tendencia intervencionista que desarrollaron las potencias europeas, la economía bélica y las consecuentes rebeliones de carácter etno-nacionalista³ darían lugar a la llamada Cuestión de Oriente (Finkel, 2005). Igualmente, la expansión global del capitalismo en el Imperio Otomano a finales del siglo XVIII y en el XIX, combinada con el cambio demográfico y la urbanización, también alteró el statu quo imperante. Los acuerdos clientelistas entre terratenientes y campesinos fueron socavados y se puso en manifiesto la disparidad económica entre Oriente y Occidente; así pues, “las propias reformas modernizadoras al estilo occidental fueron responsables de una gran agitación política, económica y social que fomentó una mayor resistencia al Estado otomano” (Whitehead, 2014).

² La Sublime Puerta, La Puerta Otomana o La Puerta Elevada son un tipo de sinécdoque para referirse al gobierno del Imperio Otomano (Hanioglu, 2008)

³ Serbia en 1804 y de nuevo en 1815, luego Grecia de 1821-33, Egipto de 1831 a 1840, Vidin en 1841 y 1850, Nis en 1850, Líbano y Siria en 1861, Creta en 1866-9, Túnez en 1869, Bosnia-Herzegovina en 1875, y finalmente Bulgaria en 1876. (Whitehead, 2014)

Pese a que, para el presente estudio, los hechos previos al levantamiento búlgaro no son de vital importancia, es necesario establecer que la debilidad del Imperio Otomano no vino derivada solamente de una incapacidad para gestionar un territorio tan étnicamente diverso, sino de las grandes presiones exteriores de una Europa en constante movimiento. El Imperio Otomano se vio sumergido en una dinámica que se consolidaría con el estallido de la Primera Guerra Mundial.

La deuda externa, contraída principalmente con Gran Bretaña y Francia por los préstamos concedidos durante y después de la guerra de Crimea, fue uno de los principales catalizadores del desmoronamiento otomano. La bancarrota formal del Imperio en 1875 provocó el colapso de todo su sistema financiero en una de las crisis económicas más espectaculares del siglo XIX. “Este periodo de enorme presión financiera debida a los préstamos extranjeros afectó directamente a las políticas nacionales y a la agitación interna del Imperio Otomano, que propició las rebeliones de 1875 en Bosnia y de 1876 en Bulgaria” (Inalcik & Quataert, 1994).

La crisis otomana también exacerbó gravemente las percepciones europeas sobre el Imperio Otomano y cuestionó fundamentalmente su viabilidad como potencia mundial, lo que provocó un “telón de fondo de opinión pública negativa que restringió gravemente la libertad de acción de los diplomáticos otomanos durante la gran crisis internacional sobre los Balcanes que entonces empezaba a desarrollarse” (Hanioglu, 2008). Además, esta catástrofe financiera reforzó las creencias occidentales de que el Imperio Otomano era incapaz de tener la fortaleza moral necesaria para llevar a cabo la modernización por la que pugnaban el resto de las potencias europeas. Esta idea preconcebida determinó las observaciones extranjeras de las rebeliones como sucesos naturales de cristianos laboriosos que luchaban contra el decadente y parasitario régimen otomano (Glenny, 1999).

3.2. La Creación de una Conciencia Búlgara

El siglo XVIII estuvo marcado en los Balcanes por un periodo de transición entre un sistema feudal propio de la Edad Media y una pujante modernidad traída de la Europa Occidental (Berry, 2018). Así pues, los cambios que se vivieron en la sociedad búlgara precipitaron una toma de conciencia de identidad como pueblo culturalmente homogéneo y dispar a los terratenientes otomanos o los clérigos griegos.

El “renacimiento” de la sociedad búlgara formó parte de un proceso que se produjo en toda Europa. El creciente poder discursivo del nacionalismo romántico, que se extendió por toda la

Europa liberal, aumentó de forma espectacular durante la Guerra de la Independencia Griega. “Occidente imaginó la rebelión griega como el renacimiento de una antigua nación “helénica” entre los filohelenos, que acabaron convenciendo a Gran Bretaña, Francia y Rusia para que intervinieran con lo que se decía eran causas “humanitarias” (Koslin, 1958). Más concretamente, pertenece al periodo denominado provisionalmente Renacimiento eslavo o Renacimiento balcánico (Mirkovic, 2010). Este periodo, que transitaría entre los siglos XVIII y XIX, “incluye la transición a las relaciones de mercado y al capitalismo, la consolidación de las poblaciones bajo objetivos comunes, la aparición de ideologías nacionales y el surgimiento de movimientos de liberación nacional en las diferentes tierras y países de Europa Central y Oriental y de la Península Balcánica” (Tzaneva, 2015).

Como ha sido mencionado anteriormente, la penetración del modelo capitalista, la consolidación de la economía de mercado junto a la creación de una cultura burguesa, iniciaron un proceso de desestabilización dentro del territorio búlgaro. Es necesario añadir que “la difusión del nacionalismo revolucionario en los Balcanes, dentro del contexto histórico otomano, no fue el resultado de un inevitable despertar de la conciencia nacional debido a la decadencia natural de un régimen otomano ilegítimo. Fue, en cambio, una ideología política adoptada (y adaptada) por un círculo limitado de intelectuales balcánicos en el contexto de una resistencia económica, política y religiosa” (Tzaneva, 2015). Por consiguiente, el lenguaje nacionalista fue adoptado por una élite limitada, aburguesada⁴ y contraria a la dominación de terratenientes otomanos, que lo usó para justificar sus acciones políticas. Esta élite promovió una educación primaria en búlgaro para preservar y defender la autonomía política y cultural. “Los libros de texto y el material educativo, y luego los periódicos, libros y otras publicaciones alentadas por la creciente alfabetización, condujeron a la codificación del búlgaro moderno en la década de 1840, desplazando al antiguo eslavo eclesiástico (la lengua de la Iglesia Ortodoxa) y al griego” (Whitehead, 2014). Sin embargo, la alfabetización se limitó a las clases altas y educadas, especialmente entre varones. Siguiendo las estimaciones de Crampton, “tan sólo el 27,9% de la población búlgara sabía leer a finales de 1909” (Crampton, 2007).

En concordancia con Smith, “los mitos políticos son historias contadas, y ampliamente creídas, sobre el pasado heroico que sirven a una necesidad colectiva en el presente y el futuro” (Smith, 1995). En este contexto, los autores búlgaros concentraron sus esfuerzos en crear una narrativa alrededor de un pasado glorioso para dar forma a la conciencia nacional. Este esfuerzo de cohesionar una narrativa nacional para legitimar las aspiraciones búlgaras implicaba la reavivación de un pasado medieval memorable, fuera de la dominación turca.

⁴ Esta élite estaba integrada en su mayoría por jóvenes ricos, educados en Odessa, Constantinopla, Viena, San Petersburgo, Moscú, París y Londres (Crampton, 2007).

La consolidación de una lengua moderna y común fue un factor fundamental para la toma de conciencia del nacionalismo búlgaro. No obstante, no sólo se limitó a una separación lingüística. A consecuencia de los constantes movimientos étnicos promovidos por el Imperio Otomano, el territorio que hoy conforma el estado de Bulgaria no era culturalmente homogéneo; la presencia griega, y en especial del clero ortodoxo griego, era extremadamente alta en la región. Los obispos griegos administraban la Iglesia Ortodoxa de Bulgaria y recaudaban el doble de impuesto que el Imperio Otomano (Crampton, 2007). Los primeros movimientos organizados de forma local para separarse del dominio clerical griego comenzaron a principios del siglo XVIII y constaban de pequeñas sublevaciones que eran suprimidas con dureza (Tzaneva, 2015). No obstante, el nacionalismo búlgaro transformó estas revueltas locales en parte del estrago por alcanzar la independencia del pueblo. La toma de conciencia de la identidad búlgara estuvo marcada por el afán de distinción de sus cohabitantes helénicos, cuya lengua y estructuras sociales se veían como una imposición. La identidad búlgara nace del afán de la élite de librarse del yugo clientelar turco y de la imposición cultural griega.

La última mitad del siglo XIX fue una época en la que se construyeron los cimientos de una identidad nacional, en la que sus elementos culturales se integraron de forma duradera con las exigencias políticas y en la que nació una ideología nacional en Bulgaria. Fue, por lo tanto, un periodo en el que se cimentó la idea de un estado nacional basado en la distinción y los valores búlgaros, de la élite a las masas.

3.3. El Levantamiento de Abril de 1876

Como ha sido analizado con anterioridad, a finales del siglo XIX el control otomano en los territorios balcánicos se encontraba en declive. La creciente burguesía, cada vez más adinerada e influyente, junto al campesinado, que encontraba cada vez más difícil la subsistencia bajo el sistema feudal otomano, empezaron a organizar pequeñas revueltas e insurrecciones en contra del *statu quo*.

Los eventos que llevaron al Levantamiento de Abril de 1876 y lo que aconteció durante este mismo son, aún hoy en día, difíciles de discernir. Como será expuesto posteriormente, el Levantamiento de 1876 se convertirá en la piedra angular del renacimiento búlgaro, un mito que involucraría no sólo la liberación y conformación de un Estado para el pueblo búlgaro, sino el declive final del Imperio Otomano. Por tanto, la información que se da en los siguientes párrafos no es sino la condensación de datos y mitos de los que se dispone hasta el momento.

Hacia finales de abril o principios de mayo de 1876, tras los levantamientos de 1875 en Bosnia y mientras Serbia y Montenegro se preparaban para hacer la guerra a Turquía, se produjo en Bulgaria una revuelta relativamente débil y poco organizada contra el dominio otomano. “El Levantamiento de Abril fue mal planeado, mal dirigido, mal apoyado y mal ejecutado, y fracasó completamente en sus objetivos de instigar una rebelión nacional a gran escala” (Whitehead, 2014); pese al peso que tendrá para la lucha por la liberación búlgara, la participación popular fue menos del 0,5% de la población del momento (Şimşir, 1988).

No sólo los oficiales búlgaro-otomanos y el clero eran contrarios a la revolución, sino que la mayoría de la población, tanto ortodoxa como musulmana, se mostraban ambiguos o abiertamente hostiles a la rebelión (Meininger, 1977). En esencia, esta fue apoyada por la burguesía de los pequeños pueblos y en menor medida por las familias adineradas, quienes habían promovido esta *intelligenzza* búlgara. No obstante, incluso estos revolucionarios relativamente ricos y privilegiados resultaron ser indecisos debido a su reticencia a arriesgar sus propiedades uniéndose a una rebelión con un destino tan incierto, “la curiosidad les atrajo al trabajo de los comités revolucionarios [...] sus mentes estaban en otra parte, ocupadas con las preocupaciones cotidianas de su sustento” (Meininger, 1977). Después de que la revuelta fracasara, el miedo a una represalia por parte de las autoridades otomanas se extendió entre los participantes más adinerados, “en lugar de luchar, muchos se apresuraron a esconderse en sus casas para proteger sus propiedades e intentar sobornar a los funcionarios otomanos para que los protegieran” (Nachov, 1926). La misma élite que creó, alimentó y fomentó el nacionalismo búlgaro y consecuentemente el Levantamiento de Abril de 1876, fue la misma que sirvió como obstáculo para el compromiso revolucionario nacionalista.

Si bien los resultados del levantamiento no son claros, el reporte de las autoridades británicas del momento estimó que “12.000 personas fueron asesinadas durante las masacres y aproximadamente 60 pueblos fueron destruidos junto con una gran cantidad de propiedades cristianas” (Whitehead, 2014). Dichas masacres fueron llevadas a cabo, en su mayoría, por *başıbozüks*. “Los *başıbozüks* eran armados y mantenidos por los otomanos, pero eran voluntarios no remunerados, sin uniforme y poco organizados, que tradicionalmente esperaban el saqueo a cambio del servicio militar” (Karpát, 1990). No es de sorprender, por lo tanto, que la actuación de estos grupos paramilitares trajera como consecuencia una represión brutal que fue vista por Occidente no como una lucha legítima en contra de una revolución, sino “la masacre indiscriminada de cristianos inocentes por parte de los celosos y bárbaros turcos” (Şimşir, 1988).

El Levantamiento de Abril de 1876 fue un fracaso en términos de revolución militar. No obstante, la brutal represión y la llegada de las noticias a Occidente a través de los filtros

de la anteriormente mencionada prensa búlgara haría que la balanza se inclinase a favor de la población eslava. Como será discutido posteriormente, el Levantamiento no prosperó, pero sí garantizó la libertad, por lo menos fuera de la influencia otomana, al pueblo búlgaro.

4. Marco Teórico

4.1. Sobre la Propaganda y el paso de la Historia

La definición de Antonio Pineda sobre la propaganda nos habla de esta como “un fenómeno comunicativo de contenido y fines ideológicos mediante el cual un Emisor (individual o colectivo) transmite interesada y deliberadamente un Mensaje para conseguir, mantener o reforzar una posición de poder sobre el pensamiento o la conducta de un Receptor (individual o colectivo) cuyos intereses no coinciden necesariamente con los del Emisor” (Pineda, 2006).

Los intentos de cambiar las opiniones de los demás datan desde antes de que la historia fuera propiamente registrada y se originaron, hay que suponer, debido a la falta de fuentes anteriores, con el desarrollo del habla. A través del habla emanó el poder de manipular o persuadir a las personas sin recurrir a la violencia física. La violencia directa o la amenaza de violencia pueden producir la sumisión a la voluntad de otro individuo o grupo (Brown, 1963); pero los pensamientos, las ideas y las opiniones se crean y modifican principalmente mediante la palabra hablada o escrita, o incluso de forma visual; de modo que, aunque en el llamado lavado de cerebro o *brainwashing* las palabras pueden complementarse con un tratamiento físico desagradable, es lógico que incluso en estos casos las armas esenciales son verbales o en todo caso simbólicas, y los resultados apuntan a un cambio en el aspecto psicológico. El cambio de mentalidad plantea fascinantes cuestiones científicas y morales, ya sea en forma de conversión religiosa, de propaganda política, de la incógnita que plantea el papel de los medios y la repercusión, de la manipulación impersonal de las masas o de las formas de adoctrinamiento político practicadas en estados totalitarios.

Si bien el término *propaganda*, tal y como se conoce hoy en día, parece tener su origen en la mayoría de los textos académicos a raíz de la Primera Guerra Mundial, en los grandes panfletos incitando a la unión del pueblo, a la lucha contra el invasor, a la libertad; su origen es mucho más antiguo. La palabra *propaganda* viene del latín *propagare*, la práctica del jardinero de clavar

el brote fresco de una planta en la tierra para reproducir nuevas plantas que luego tomarán vida propia. De este mismo modo, la propaganda busca la inseminación individual de una idea, no arraigada a la idea original; la creación de un sentimiento gemelo de esta, pero independiente.

En 1633 el Papa Urbano VII estableció el *Congregatio de Propaganda Fide*, también conocido como *La Congregación de la Propaganda*, un comité de cardenales que poseían, y aún hoy en día poseen, el control de las misiones de la Iglesia en el extranjero. Naturalmente esto era entendido como un proceso beneficioso, en el cual, mediante la predicación y el ejemplo, intentaron conducir a los paganos de las tinieblas a la luz y fue una propaganda artificial o cultivada sólo en el mismo sentido que, sin la intervención exterior, estos pueblos nunca habrían conocido el cristianismo. Dado que los misioneros eran muy conscientes de lo que hacían, su propaganda era también deliberada y la afirmación moderna de que es posible que la propaganda sea inconsciente, tema favorito de los autores marxistas, no les habría transmitido nada.

En el presente siglo la imagen de la propaganda popular ha sufrido cambios radicales y la palabra ha llegado a adquirir matices que implican un proceso frecuentemente siniestro, basado en el intento deliberado por parte de un individuo o grupo de manipular, a menudo de forma oculta o con medios solapados, las mentes de los demás para sus propios fines ulteriores (Wright, 1956). Este cambio puede remontarse al uso oficial de la propaganda como arma en la guerra de los tiempos modernos. La Primera Guerra Mundial marcó un momento de profusos cambios en la moralidad de la comunicación política. Mentiras, subterfugios políticos e historias de atrocidades fueron empleadas sin escrúpulos en un intento de influir en el resultado final de la lucha. La revelación de estos métodos durante los años de entreguerras condujo a una tremenda revulsión del sentimiento popular entre los vencedores, acompañada de declaraciones de admiración por parte de los vencidos, algunos de los cuales decidieron hacer un uso aún mejor de los mismos métodos cuando se presentara la ocasión (Monger, 2012).

Pero este sentimiento ambivalente hacia la propaganda, que la describe como algo astuto, desagradable y carente de moral, pero que a su vez puede resultar un arma de poder devastador para ahondar en los sentimientos de los receptores con o sin su autorización, tiene raíces mucho más profundas de lo que podría sugerir la explicación anterior. De hecho, surge de ciertos cambios fundamentales en la naturaleza de la comunicación dentro de las sociedades técnicamente avanzadas (Rose, 2014). Por tanto, los métodos empleados durante la Primera Guerra Mundial y su posterior extensión a formas como la propaganda nazi, americana o comunista, fueron el efecto más que la causa de los desarrollos totalmente nuevos en la estructura y las técnicas del Estado moderno.

En cualquier caso, es evidente que los cambios de significado han hecho de la propaganda una palabra difícil de definir. A menudo se emplea en un sentido despectivo, y a pesar de que parte del significado original era sin duda la implicación de que se trataba de un llamamiento colectivo a grupos más o menos grandes de personas hecho por un individuo u otro grupo, ahora se utiliza con frecuencia de forma indiscriminada para referirse a las actividades de cualquier individuo que desea transmitir una información no deseada o inaceptable a otro. Dado que la mayor parte de cualquier comunicación escrita o hablada tiene por objeto suscitar algún tipo de respuesta en el destinatario, es fácil entender por qué muchas autoridades consideran que la propaganda es una palabra que ha dejado de ser útil en sí misma.

La razón obvia para ampliar la definición original es que la propaganda no siempre es algo tan claro como intentar difundir una doctrina o una práctica específica; ya que muy a menudo, como en la guerra, la propaganda se limita a intentar suscitar fuertes emociones de odio o aprobación a favor o en contra de otro grupo por motivos de conveniencia, estrategia o simple codicia. Pero la presión emocional, ya sea en forma de despertar sentimientos colectivos positivos o negativos, o simplemente la de presentar puntos de vista emocionalmente sesgados, no es algo que se añada a la propaganda para hacerla más aceptable (Brown, 1963).

La argumentación racional y desapasionada emplea una técnica totalmente diferente a la de la propaganda. El propagandista no se dedica a argumentar de verdad porque sus respuestas están determinadas de antemano. De ello se desprende que si toda la propaganda intenta cambiar mentes, no todo cambio se logra mediante la propaganda. Los libros proféticos del Antiguo Testamento, en los que se emplea la elocuencia vehemente, tenían el fin específico de convertir a los israelíes y apartarlos de la adoración de los dioses falsos y de las prácticas malignas, hacia la adoración de Jehová; pues aquí los medios incluyen la amonestación suplicante especial, y la amenaza de la retribución divina (Leuba, 1925). En la medida en que está a favor de la creación de ciertas actitudes, el propagandista está necesariamente en contra de otras; y la extirpación de lo que considera como creencias y doctrinas falsas es tanto su preocupación como la propagación de la correcta. Esto sugiere la importante regla de que sólo se puede hablar de propaganda cuando existen puntos de vista alternativos. Así pues, la anteriormente mencionada *Congregación de la Propaganda* surgió cuando la Iglesia comenzó a experimentar todo el impacto de las nuevas doctrinas avenidas de la reforma protestante y el descubrimiento de nuevas tierras donde cultivar fieles como nuevos brotes de la fe. La libre expresión de la opinión ha sido bastante rara y no pocas veces ha sido considerada como particularmente encomiable. Durante siglos de la historia europea, la “verdad” fue la “verdad católica”, y hemos visto que en ausencia de puntos de vista alternativos no tiene sentido hablar de propaganda, ya sea consciente o no.

Si bien la propaganda surge de ciertos cambios fundamentales en la naturaleza de la comunicación dentro de las sociedades técnicamente avanzadas, es necesario recalcar la importancia que tuvo la educación de la población. “A medida que los individuos se volvían más alfabetizados, la palabra escrita empezó a tener una creciente importancia en la diseminación de las opiniones y en la creación de actitudes emocionales” (Brown, 1963). La creación de los libros plantea dos problemas fundamentales para la propaganda: en primer lugar, la cuestión de si tiene sentido hablar de propaganda inconsciente; en segundo lugar, la disyuntiva de la censura. Ninguno de estos problemas fue creado por la palabra escrita, aunque es más fácil controlar lo que una persona escribe que lo que dice; pero obviamente sólo podemos saber lo que ocurrió en el pasado lejano por medio de los libros, que persisten mucho después de que las palabras habladas hayan desaparecido. Si bien las obras de Heródoto le han valido el título de “padre de la historia”, también se le ha descrito con menos simpatía como un agente de prensa contratado por el Estado ateniense (Brown, 1963). Pero en realidad hay muy pocas razones para suponer que era más consciente de su parcialidad de lo que, hasta hace poco, eran conscientes los historiadores de nuestro tiempo de sus propias inclinaciones, porque toda idea de presentar al público información objetiva sobre el mundo es relativamente nueva en el ser humano. Es interesante ver que la historia se ha construido mediante lo que hoy se consideraría propagada. Ejemplo de esto es la transición entre república e imperio que se dio en la Antigua Roma. Una de las fuentes más recurridas para el estudio de la Antigüedad es *La Guerra de las Galias*, obra de Julio César, quien hacía llegar a Roma estas entregas por capítulos para que se publicasen y difundieran entre la población. Como bien apunta Pizarroso, “*La Guerra de las Galias* no sólo es un documento precioso para los historiadores, sino que fue en su momento un vehículo esencial de la propaganda de César” (Pizarroso, 2005).

De forma general, en el mundo académico, la historia de la propaganda comienza como ha sido explicado con anterioridad, como producto de la Primera Guerra Mundial; sin embargo, el entendimiento de lo que se considera contemporáneamente “propaganda” parece remontarse al origen de la comunicación en sí misma y, consecuentemente, los medios empleados también.

4.2. Arte y propaganda política

Uno de los aspectos más difíciles a tratar para las ciencias sociales es aquel en el que se hace referencia al arte, al constituir una rama del conocimiento en sí misma. Así pues, se ha creado una división entre lo que es competencia meramente de las ciencias sociales y aquello focalizado en la historia, la interpretación o la crítica del arte. Si bien el discernimiento del arte compete más

a aquellos especialistas en lo “artístico”, esta tesis intentará crear un puente entre el mundo de la comunicación política y el arte en todas sus formas.

En primer lugar, es necesario recalcar que no hay una definición *per se* de lo que se considera arte, sino que, en palabras de Umberto Eco, “la idea del arte varía continuamente según las épocas y los pueblos, y lo que para una determinada tradición cultural era arte parece disolverse frente a nuevos modos de actuar y de gozar” (Eco, 1968). El arte es cambiante y está sujeto a la interpretación del momento; por lo tanto, discernir el impacto, la repercusión o la idealización de una obra artística es extremadamente complejo, sobre todo si nos hayamos fuera de su contexto socio-temporal y la única forma que tenemos de vislumbrar los propósitos originales es mediante los archivos del tiempo.

Desde la época oscura de Goya que representaba la bajeza de la sociedad española de su época, hasta Banksy hoy en día y el uso de grafiti como método reivindicativo, uno de los aspectos más reconocidos del arte en todas sus formas ha sido su uso como herramienta de protesta. No obstante, la vinculación del arte y la política se extiende más allá de la intención revolucionaria social *per se*. Esta asociación ha sido ampliamente estudiada, sobre todo en lo relacionado con el movimiento propagandístico. Si bien los ejemplos más habituales hacen referencia al uso del arte en los carteles propagandísticos de los estados comunistas y del nazismo a mediados del siglo XX, como bien recalca Clark, “el arte funcionaba solo como un componente más de su programa, pero trajo consigo la legitimación del *status* de la cultura elevada y proporcionó muchos de los símbolos e imágenes de los que los nazis llamaron su misión cultural” (Clark, 2000). No obstante, como ha sido observado con anterioridad, la propaganda también corresponde y es interpretada por el momento temporal en el que se vive; así pues, lo que para nuestros contemporáneos es una obra de arte, tanto pictórica como escrita o arquitectónica, pudo ser en su momento una vinculación entre el poder político y el artista. Es necesario entonces destacar que una obra de arte “solo alcanza su pleno significado cuando se integra a la cultura general de un pueblo o de una época” (Read, 1977).

Museos, monumentos, obras cinematográficas, libros y otros tipos de colecciones literarias, independientemente del periodo histórico del que se hable, recogen en ellos la relación del arte y la intención política de determinados sectores de la población, quienes encontraban en estas formas artísticas una vía de diseminación de su visión para con el mundo que querían representar, o crear.

“El arte en función de la política se encuentra tempranamente cuando empieza a producirse la separación de las dos esferas en Occidente (pues en otros contextos pudo permanecer

ligado a otras actividades, como las religiosas, sin reconocerse como arte). En los reinos, imperios y ciudades-Estado de la Antigüedad, el arte monumental, característico tanto en la arquitectura como en las esculturas, fue una representación del poder, junto a grandes ceremonias que exponían los triunfos y daban un mensaje muy claro a los enemigos. En la Edad Media, más allá del arte popular, esta conexión también encontró lugar al expresarse en el arte religioso, y aunque luego se reconociese la figura del artista individual, este siguió al servicio de patronos específicos que le indicaban lo que debía hacer” (Cedeño, 2010)

La supeditación del artista al poder económico hace, por tanto, necesario que este represente los intereses de su mecenas. Parece entonces imposible no correlacionar el arte con la diseminación de ideales políticos si bien con fines considerados positivos o negativos, eso queda al juicio de la historia.

4.3. Ethnosimbolismo, la creación de la etnia y la nación

La introducción del término “etnia” en la práctica científica fue consecuencia de la debilidad de los términos existentes para interpretar toda una variedad de formas sociales colectivas basadas en el origen y la cultura comunes. Semántica y lingüísticamente, el término “etnia” está relacionado con dos grandes familias de palabras: “*etnia*” y “*nación*”, ambos temas centrales de este estudio. Según los diccionarios, “*étnico*” generaliza uno de los elementos de esta familia de palabras que deriva del griego *ethnos*, que significa “una compañía, pueblo o nación”, un grupo que comparte costumbres comunes.

En la búsqueda de lo específico de los fenómenos étnicos, los estudiosos “occidentales” y especialmente los estadounidenses han desarrollado en diferentes momentos tres términos con un uso casi sinónimo: “etnia”, “grupo étnico” e “identidad étnica”. Los científicos sociales han dado numerosas definiciones de etnia, identidad étnica y grupo étnico, que a veces son complementarias y otras se oponen, pero muy pocas veces se muestran y explican los matices de sus significados particulares. Si añadimos a estas confusiones la “acelerada aceptación y aplicación de los términos etnia y étnico para referirse a lo que antes se subsumía a menudo en cultura, cultural o tribal”, entonces el término etnia carecía obviamente de un contenido propio en aquella época (Cohen, 1978; Tonkin, McDonald & Chapman 1989).

A principios de la década de 1970, el término “grupo étnico” se aplicaba de forma comprensible y sencilla para denotar un “subgrupo en una sociedad más amplia” (Theodorson &

Theodorson., 1969). Esta sencilla definición, especialmente en su especificación posterior como “un grupo con una tradición cultural común y un sentido de identidad que existe como subgrupo de una sociedad más amplia”, o como “un cuerpo colectivo dentro de una sociedad más amplia” con una larga lista de elementos culturales comunes compartidos (Hutchinson & Smith, 1995), parecía históricamente justificada. Según esta definición, los grupos étnicos están ordenados jerárquicamente; y puesto que grupo étnico y grupo minoritario son sinónimos, el término “grupo étnico” no podía aplicarse al grupo mayoritario dentro del Estado. Por lo tanto, el término se refería únicamente a los grupos minoritarios, y esta tendencia puede observarse todavía hoy: “El discurso relativo a la etnicidad tiende a ocuparse de las unidades subnacionales, o de las minorías de uno u otro tipo” (Tonkin, McDonald, & Chapman, 1989). Sin embargo, a partir de la definición de W. Connor, la literatura posterior sobre el tema reconoce que la etnicidad caracteriza a todas las formaciones étnicas a lo largo de un continuo de desarrollo, desde los vínculos militares y económicos de las tribus hasta las nacionalidades y naciones contemporáneas (Connor, 1975).

La relación entre si los susodichos grupos son mayoritarios o minoritarios o si estos conforman grupos de oprimidos u opresores no es de vital importancia en pose de definir una etnia, como demuestra el aclamado trabajo de T. Eriksen; por lo que el término es aplicable “a las mayorías y a las minorías, a las comunidades de acogida y a las de inmigrantes” (Eriksen 1993; Hutchinson & Smith 1996; Banks 1996). En este sentido, tiene mérito la especificación adicional de W. Connor: un grupo étnico consiste en aquellos que se conciben a sí mismos como semejantes en virtud de su ascendencia común, y que son considerados así por los demás (Snyder, 1990).

De forma notoria, el principal debate en este campo se ha referido a la cuestión de si la etnicidad (es decir, el grupo étnico y la identidad étnica) “debe concebirse como una entidad primordialmente constituida basada en la ascendencia y la descendencia racial, en la unidad cultural; o como una entidad constituida situacionalmente, un diseño organizativo para la consecución de objetivos colectivos” (Casino, 1985). El primer punto de vista (el “primordialista”/“esencialista”) considera la etnicidad como una persistencia cultural; el segundo (los enfoques “situacionista”/“instrumentalista”) (Tzaneva, 2015), como una estrategia adaptativa.

El énfasis se ha hecho primordialmente en las “conexiones emocionales y simbólicas” entre las personas que se denominan con términos étnicos. Como establecen R. Breton y M. Pinard, los miembros de la unidad étnica están conectados a través de sus emociones y símbolos compartidos (Breton & Pinard, 1960). Del mismo modo, en opinión del sociólogo alemán W. Mühlmann, el término “étnico” se refiere a la unidad imaginada de las personas tal y como la racionalizan los miembros de un grupo (Mühlmann, 1964).

Los marcadores culturales, la historia, la religión, la lengua y otros distinguen objetivamente a las formaciones étnicas. Pero también se distinguen subjetivamente por la forma en que sus miembros interpretan todos estos marcadores según sus diferentes valores y normas y según los contextos históricos y sociales de sus vidas. La suma de estas interpretaciones cambiantes crea el sentido de comunidad, o el sentido de identidad. Desde este punto de vista, el concepto principal de este estudio se refiere al carácter simultáneo histórico/cronológico junto al situacional/contextual de la etnia, cuyos elementos constitutivos sufren cambios a medida que los actores tratan de mantener viva la etnia.

Una característica distintiva en el estudio de los fenómenos étnicos en las últimas dos décadas ha sido la creciente convergencia de este campo con el tema de la nación y el nacionalismo. Las naciones, tal y como este estudio se referirá a ellas, son construcciones modernas a menudo concebidas a partir de materiales premodernos, incluso arcaicos, disponibles y seleccionados.

Desde el auge de la teoría de la modernización en la década de 1960, la relación específica entre etnia y nación ha sido una cuestión importante para las principales escuelas de investigación sobre el nacionalismo. El nacionalismo ha proporcionado recientemente el marco contextual en el que se ha analizado esta relación. Los estudiosos e investigadores se interesan por los mecanismos que crean la cohesión social entre un grupo de personas étnicamente distintivo, que alcanza cierto grado de intensidad y hace que ese grupo sea políticamente significativo (teorías de orientación sociológica), o bien examinan las lealtades emergentes al Estado y su transformación a partir de los apegos a la formación étnica previamente existente (teorías de integración nacional) (Williams, 1982). En la literatura sociológica posterior se tiende a considerar conjuntamente estos dos enfoques de la etnicidad, las naciones y el nacionalismo (Brass 1974; Smith 1981; Eriksen 1993). Su aplicación combinada como constructo teórico y como conjunto de tendencias de investigación, parece ahora el único contexto razonable para discutir el problema en cuestión.

La identidad étnica consiste en un conjunto de dotaciones, lealtades e identificaciones que todo individuo comparte con los demás y que se expresan simbólicamente. Algunos teóricos de la etnicidad distinguen entre los llamados símbolos de estatus y los símbolos auxiliares de la identidad étnica. El primer grupo de símbolos consiste en marcas visibles como la pigmentación de la piel, el tipo de cara y de pelo, los gestos corporales estandarizados y otros rasgos físicos, y proporciona una base importante para hacer la primera distinción. Cuando se muestran, estos símbolos pueden diferenciar y unir a los miembros del grupo, y de este modo desempeñan un papel importante en los sistemas de estratificación social. El fundamento psi-

cológico de esto radica en lo fundamental de las formaciones étnicas: como se cree que están formadas por personas que se parecen en virtud de una ascendencia común, estos marcadores hereditarios convencionalizados se convierten naturalmente en símbolos de identificación. Pero no pueden ser los únicos ni los más importantes marcadores étnicos definitorios. Para que los miembros de un grupo los reconozcan como válidos deben combinarse siempre con otros símbolos de identidad étnica, como la vestimenta, la forma de comportamiento, la lengua, los hábitos alimenticios, etc., especialmente en zonas como los Balcanes, donde los grupos étnicos de la misma raza o tronco de población han estado en contacto durante mucho tiempo, por lo que la diferenciación física se hace cada vez más difícil. En estos casos, lo que Smith llama los “símbolos auxiliares” de la identidad étnica adquieren una mayor importancia. También son heredados, pero en un sentido cultural. Sugeridos por la tradición cultural, están relacionados con otros tipos de “identificación cultural colectiva” como las categorías de género, espacio o territorio, clase social, religión e historia (Smith, 1981). El nombre étnico, el llamado *etnónimo*, que es también el más significativo entre los símbolos étnicos, subyace a las diferentes lealtades y a este conjunto de dotaciones e identificaciones. El “nombre étnico propio” suele mencionarse como primer marcador de la etnicidad en la mayoría de las clasificaciones existentes de sus atributos o características.

Nombrar es siempre una “colocación de etiquetas con fines de identificación” (Lampe, 1982). Estas etiquetas o signos de identificación que una persona comparte desde el primer momento de socialización en la familia y el grupo de parentesco, en el que nace en un momento dado en un lugar determinado. El nombre étnico es una convención de grupo, y ha sido identificado como una de las primeras dimensiones del lenguaje (Condon, 1975). El etnónimo supone el establecimiento de ciertos símbolos verbales para referirse a cosas o categorías específicas, en este caso valores étnicamente determinados. Esto permite a los miembros de un grupo hacer distinciones verbales cuando se trata de cosas y categorías étnicas. Estas distinciones se consideran correctas e importantes dentro del grupo. Cuando los miembros de un grupo étnico aprenden las palabras adecuadas, también aprenden las correspondientes actitudes y comportamientos que las acompañan. El etnónimo (junto con sus variantes y los respectivos adjetivos) generaliza todos los valores y lealtades étnicas. Su difusión, frecuencia y uso proporcionan señales claras del nivel de desarrollo étnico y del grado de un proceso de construcción de la identidad. Por lo tanto, un análisis detallado del uso específico del nombre étnico, el etnónimo, pertenece al principio de todo estudio concreto del fenómeno de la identidad.

La interpretación de la etnicidad búlgara como una categoría subjetiva basada en vínculos y valores preexistentes maleables que evolucionan, cambian (a veces de forma dramática) y se modernizan en diferentes situaciones históricas concretas, no significa que el mismo discurso

sea también totalmente cierto para la nación búlgara del siglo XIX. Una vez más, hay que subrayar que las naciones son construcciones modernas, fabricadas a partir de elementos preexistentes más antiguos. A partir de los cambios socioeconómicos, la sociedad búlgara de finales del siglo XVIII comenzó a experimentar el lento desarrollo de las relaciones sociales capitalistas (Creed, 2004). Su gradual establecimiento y reconocimiento, y la consiguiente aparición a través de la evolución y construcción de un nuevo tipo de comunidad etno-social en la sociedad, proporcionaron los principales contenidos del proceso de renacimiento búlgaro.

Este proceso se desarrolló en los siguientes contextos sociopolíticos principales. En primer lugar, la situación concreta del Imperio Otomano, que empezó a cambiar rápidamente desde principios del siglo XIX. Hacia 1825 quedó claro que el Imperio estaba históricamente condenado. Con una economía paralizada y un régimen despótico autocrático, que no podía superar su atraso, ignorancia y corrupción, no podía dar un paso hacia la “europeización” ni resolver el problema de sus ciudadanos no turcos. Junto con la influencia inhibidora del absolutismo otomano, el creciente nacionalismo serbio y la formación de la idea panhelénica entre la sociedad griega, la nueva etapa de la auto identidad y la conciencia étnica búlgara se vio influida por los acelerados ritmos de consolidación de los estados de Europa Occidental y algunos de Europa Central. En el siglo XVIII comenzó el renacimiento nacional búlgaro (Tzaneva, 2015), que el período de transición de la Edad Media a la Modernidad y la toma de conciencia de lo que significaba ser étnicamente búlgaro.

5. Metodología

La presente investigación consta de un estudio teórico, puesto que su objetivo es el planteamiento de una nueva reflexión en torno a las relaciones entre el uso del arte, la propaganda y la comunicación política basándome en los eventos ocurridos durante la ocupación otomana de Bulgaria en las postrimerías del siglo XIX. También se trata de un estudio exploratorio y descriptivo, ya que propone un acercamiento a un tema poco abordado en la bibliografía previa sobre la materia: se presentan unas primeras pinceladas sobre el mismo, no de forma exhaustiva, sino como una invitación a que en el futuro tanto otros investigadores como yo misma lo amplíemos con nuevas investigaciones. También pretende ser un trabajo explicativo, puesto que, a través de un análisis de tipo cualitativo y una interpretación libre, quiere mostrar las causas y consecuencias de un caso concreto del uso del arte para fines políticos.

Las primeras etapas de este estudio han tratado sobre los datos históricos que se recogen sobre el Levantamiento Búlgaro de 1876 y su impacto en la llamada Cuestión de Oriente, término usado para referirse al declive que sufrió el Imperio Otomano en las últimas décadas del siglo XIX. Aunque poco tratado en el mundo académico, el estallido de las revoluciones nacionalista balcánicas y helénicas tuvo como consecuencia el desmembramiento tanto político como económico de los otomanos y el fin de su dominación territorial acaecida tras la Primera Guerra Mundial.

Pese a la relevancia geográfica e histórica que se puede vislumbrar en los Balcanes, su contribución a las dinámicas en las relaciones internacionales ha sido enmarcada como plenamente casual y no como propiamente desencadenante de cambios socio políticos destacables al contrario que otras potencias europeas, mayoritariamente occidentales. Asimismo, se ha intentado analizar el papel de las manifestaciones artísticas en la diseminación de ideas con intención de convencer al público genérico y movilizarlo para ciertas causas. Si bien hemos visto que la propaganda se basa en la creación de emociones fuertemente ligadas con sentimientos básicos como el amor, el miedo, o el odio para conseguir estos fines.

El presente estudio intentará discernir la relación entre el uso del arte como medio propagandístico en el Levantamiento de Abril de 1876 contra el Imperio Otomano y como esta utilización de, en su mayoría obras pictóricas, fueron fundamentales en la concienciación Europea y particularmente de Rusia par con la causa búlgara. Además, este estudio también se ocupará del papel que ocupó este levantamiento en el imaginario búlgaro y en la creación de una identidad étnica basada en mitos que perdura hoy en día. Así pues, se analizará el cuadro de “Las Mártires Búlgaras” del autor ruso Konstantin Makovsky.

Para ello, he basado mi análisis en investigaciones cualitativas anteriores que han tratado en profundidad la reconstrucción de los hechos socio-políticos y culturales de la Bulgaria bajo el control otomano y el surgimiento de la denominada nación búlgara. Entre los autores, podemos destacar el trabajo de Cameron Ean Alfred Whitehead, el cual ha recogido en su libro *The Bulgarian Horrors: Culture and the International history of the Great Eastern Crisis*, los hechos que acontecieron entre 1876 y 1878 y el impacto que produjeron en la opinión pública internacional. Por otra parte, es también importante destacar el libro *Ethnosymbolism and the Dynamics of Identity* de Elya Tzaneva, la cual analiza el surgimiento de la etnia búlgara mediante el simbolismo en los mitos, leyendas y obras artísticas. Asimismo, es relevante destacar la aportación de Ilya Platov a la discusión académica del uso del arte y los movimientos propagandísticos que surgieron en relación con el Levantamiento de 1876.

6. Análisis

6.1. El Levantamiento de 1876 en el imaginario búlgaro

El Levantamiento de Abril está en el centro de la mitología búlgara. Según el folclore nacional, los cinco siglos de “opresión” otomana dieron lugar a un periodo de “resurgimiento” nacional (Hranova, 2005) desembocado por la rebelión de 1876, la cual fue cruelmente reprimida por las fuerzas turcas.

Gran parte de la literatura búlgara se ha dedicado al estudio de su “Despertar Nacional”, viendo la rebelión de 1876 como el predecible, si no inevitable, estallido del sentimiento patriótico nacional contra la opresión otomana (Whitehead, 2014). No sólo estos eventos culminaron la realización de una cultura y etnia puramente búlgara, sino que los crímenes otomanos llevaron a Rusia a “liberar” a Bulgaria durante la guerra ruso-turca de 1877-1878 y a la esfera internacional a mantenerse al margen de cualquier tipo de intervención a favor del caído Imperio.

A pesar de esta atención académica, las pruebas del levantamiento y su represión son notablemente escasas y se basan, principalmente, en memorias publicadas muchos años después de los acontecimientos o en información de segunda mano. Sin embargo, en muchos aspectos esta falta de pruebas es irrelevante. La cruel masacre otomana de revolucionarios heroicos y de mujeres y niños inocentes es un artículo de fe en la mitología nacional búlgara y, como tal, no requiere de “pruebas” históricas para ser un símbolo extraordinariamente poderoso para la concepción de la etnia búlgara. De hecho, es precisamente la reinterpretación a priori de los acontecimientos para reafirmar la “naturalidad” e inevitabilidad de la existencia de la nación lo que caracteriza al nacionalismo moderno (Breuilly, 2013).

La afirmación de que la verdad sobre el Levantamiento de Abril es incongruente con la creencia existente dentro de la mitología nacional es sugerir su falsedad o exageración; sin embargo, el presente estudio no tiene como objetivo discernir si los hechos ocurridos en abril de 1876 fueron verdaderos o falsos, sino crear un amplio análisis de las herramientas utilizadas para diseminar una interpretación sesgada de los hechos.

Los búlgaros codificaron su propia narrativa heroica de resistencia y levantamiento patriótico. La solidificación de la identidad nacional forjada a través de la guerra y la glorificación de la liberación nacional no sólo contribuyeron al impulso hacia la unificación y la independencia de Bulgaria, sino que también fomentaron los sentimientos irredentistas que subyacen a

los objetivos bélicos de Bulgaria en 1885, las Guerras Balcánicas de 1912-1914 y la Primera y Segunda Guerra Mundial.

La creación de un imaginario heroico alimenta la autoestima y el orgullo nacional (Daskalov, 2004). Así pues, historiadores en su mayoría étnicamente búlgaros, han descrito el Levantamiento de Abril como “la página más heroica de nuestra historia moderna” (Bakalov, 1983). Esta interpretación heroica se encuentra con dos grandes problemas.

En primer lugar, el levantamiento se ahogó en un baño de sangre por parte de las tropas musulmanas irregulares (*pomaks*); lo cual constituye un desequilibrio entre heroísmo y sufrimiento, haciendo de este un “vínculo mayoritariamente precario” (Breuilly, 2013). El énfasis en las atrocidades turcas y en el número de víctimas despierta la piedad y deja la impresión victimista de una masacre. Una forma de salir de esta desafortunada situación es interpretar el Levantamiento de abril como una “expiación moral de la Libertad con la sangre de las víctimas, que ahora parece moralmente merecida y no ofrecida como un regalo gratuito por parte de Rusia” (Daskalov, 2004) Esta interpretación aplica, por supuesto, un patrón bastante general con una procedencia religiosa. Además, existe la posibilidad de combinar una interpretación heroica con un sentido de la tragedia, por ejemplo, tratando el levantamiento como una “acción heroica impulsada por la desesperación”, una combinación de pasión y razón (Daskalov, 2004).

El segundo problema que atañe la glorificación de dicha revuelta es la interpretación de las intenciones de los organizadores. Como ha sido mencionado con anterioridad, el Levantamiento de 1876 se zanjó con la masacre de aquellos que se sublevaron, en su mayoría campesinos; no obstante, fueron los hijos de las clases altas educados en Europa y Rusia quienes orquestaron el plan. ¿Fueron entonces los propios organizadores los que llevaron al pueblo a su masacre? ¿Era su intención provocar las atrocidades turcas y atraer así la atención de “Europa”? Si bien el objetivo de este estudio no es discernir los eventos que ocurrieron en 1876, la mayoría de los historiadores admiten que el levantamiento estaba mal preparado y sin coordinación, la declaración abierta de la estrategia de los dirigentes parece moralmente problemática, especialmente cuando se une a la falta de fe en el éxito de la propia empresa desde el principio (Kolstø, 2005).

Para los nacionalistas búlgaros, el Levantamiento de Abril fue la trágica revuelta del pueblo búlgaro contra la opresión otomana, la chispa revolucionaria que desencadenó la liberación de la nación búlgara, mientras que las atrocidades turcas que siguieron representaron el heroico martirio de su vanguardia revolucionaria y la trágica masacre de inocentes búlgaros a manos de sus crueles opresores extranjeros. Como ocurre con los mitos de creación nacional en todo el mundo, la posterior apreciación histórica crítica de estos acontecimientos ha quedado en gran medida al margen.

6.2. Fuentes de propaganda

El impacto de estas historias está inextricablemente ligado al desarrollo de nuevos medios de difusión de la información, capaces de llegar a un amplio público. De hecho, es a través de la prensa diaria que el público se entera principalmente de estas historias. La aparición de esta prensa marca el nacimiento de una esfera pública en la que se puede expresar la “opinión”, mientras que la prensa diaria se convierte en una poderosa arma para crear y difundir nuevas representaciones de la nación (McReynolds, 1991). Su impacto fue tanto mayor cuanto que la prensa popular, ilustrada o no, llegó por primera vez a un público muy amplio. La lectura de la prensa aumentó considerablemente en la década de 1870 y llegó a un amplio público en todos los estratos de la sociedad. “La práctica de la lectura colectiva hace que las noticias publicadas sean accesibles incluso para los analfabetos, que también pueden mirar las imágenes publicadas en las revistas ilustradas” (Brooks, 1985).

La interpretación internacional culturalmente sesgada fue utilizada por las clases búlgaras para favorecer su causa. Esto alteró fundamentalmente la comprensión de la historia internacional del Levantamiento de Abril, los Horrores Búlgaros, el carácter de la reacción internacional y, por tanto, la resolución de la Gran Crisis Oriental. Así pues, “debe haber una crítica al largo legado de nacionalismo metodológico eurocéntrico dentro de la erudición, internacional en lo que respecta a la decadencia del Imperio Otomano, los levantamientos búlgaros, la guerra ruso-turca y la formación de los nuevos estados balcánicos” (Kolstø, 2005).

La difusión del nacionalismo revolucionario en los Balcanes dentro del contexto histórico otomano no fue el resultado de un inevitable despertar de la conciencia nacional debido a la decadencia natural de un régimen otomano ilegítimo. Fue, en cambio, una ideología política adoptada (y adaptada) por un círculo limitado de intelectuales balcánicos en el contexto de una resistencia económica, política y religiosa más fundamental al asediado Estado otomano y a otros cristianos ortodoxos que buscaban las mismas concesiones (Turan, 2007). El propio Levantamiento de Abril fue organizado y llevado a cabo principalmente por élites educadas en Occidente que representaban una pequeña fracción de la población búlgara (Daskalov, 2004); de hecho, la abrumadora mayoría de los cristianos rumanos se opuso a la rebelión.

Los observadores de fuera, en cambio, recibían la información a través de los filtros culturales de los partidarios de la revolución y de los periodistas evangelizadores. Consecuentemente, muchos observadores percibieron la revuelta como un emblema de las razas cristianas oprimidas que anhelaban liberarse de la intolerable tiranía musulmana, que se situaba en el telón de fondo cultural del atraso político turco, la herejía religiosa y la degeneración racial (Şimşir, 1988).

Los revolucionarios búlgaros aprovecharon los poderosos lenguajes de entendimiento cultural que enfrentaban cada vez más la industria, la civilización, la inocencia, el martirio, el heroísmo y la superioridad racial de los europeos cristianos con la decadencia, la barbarie, la depravación sexual, la infidelidad, la villanía y el primitivismo de los turcos musulmanes (Todorova, 1994). A pesar de su carácter limitado y del abyecto fracaso en sus objetivos, el Levantamiento de Abril, de inspiración nacionalista, y su rápida supresión cristalizaron así la opinión europea contra el Imperio Otomano. Por tanto, “un enfoque crítico internacional subraya la naturaleza fundamentalmente cultural de la Gran Crisis de Oriente” (Şimşir, 1988). La crisis se construyó a partir de poderosos valores culturales y no simplemente de las realidades materiales de la situación interna otomana o incluso de los supuestos intereses materiales de las Grandes Potencias. Esta crisis internacional formulada culturalmente precipitó un importante cambio geopolítico internacional al reducirse drásticamente la autoridad otomana en los Balcanes.

Inmediatamente después de la masacre, varias fuentes occidentales dieron testimonio de horribles atrocidades otomanas perpetradas contra la población búlgara. Informes posteriores de periodistas estadounidenses y europeos y el posterior informe oficial del gobierno británico confirmaron que se habían cometido atrocidades a gran escala contra la población cristiana, que miles de búlgaros languidecían en prisión y que el gobierno otomano había recompensado a los responsables (Millman, 1980). Incluso hoy en día, estos informes gráficos dominan los relatos académicos y populares del Levantamiento de Abril, tanto dentro como fuera de Bulgaria.

Richard Millman analiza en su artículo “The Bulgarian Massacres Reconsidered” (Las masacres búlgaras reconsideradas) las fuentes de información aparentemente “objetivas” o de “testigos oculares” de las atrocidades ocurridas durante los “horrores” búlgaros. Millman desacredita las fuentes de estas estimaciones como irremediabilmente prejuiciosas, de segunda mano, erróneas o fuera de contexto. Periodistas, profesores y expatriados occidentales y diplomáticos reunieron información con ideas preconcebidas sobre la barbarie y la culpabilidad turcas, principalmente entrevistando a estudiantes búlgaros en el Colegio Robert de Constantinopla. Cuando las fuentes occidentales viajaron a la región lo hicieron de forma incompleta, visitando sólo una parte de las regiones afectadas semanas después del levantamiento; así pues, escucharon a las víctimas búlgaras y no tuvieron en cuenta a los funcionarios otomanos, a las víctimas o a los testigos, y también sobreestimaron en gran medida el número de muertos, simplemente multiplicando por diez el número estimado de casas destruidas. Tras desacreditar todas las fuentes de información conocidas sobre las masacres, Millman afirma que “la realidad aceptada de las masacres es en gran medida un mito” (Millman, 1980).

La atención crítica al Levantamiento de Abril revela rápidamente que hay muy pocas pruebas de estos acontecimientos a pesar de su importancia fundamental para la historia nacional búlgara. Lo que se acepta como un hecho, derivado de fuentes prejuiciosas y de testimonios de segunda mano, se recicla repetidamente sin una crítica rigurosa.

Las fuentes disponibles que cuentan la historia de los “horrores búlgaros” -la violencia cometida contra los civiles cristianos tras el estallido de la revolución- son los supuestos relatos de testigos presenciales de los búlgaros en sus periódicos, los informes de fuentes inglesas y estadounidenses que se filtraron predominantemente a través del Robert College de Estambul, los informes consulares de segunda mano, las memorias de los revolucionarios redactadas y publicadas muchos años después de los acontecimientos y los informes oficiales turcos (Crampton, 2007). Es más o menos evidente que los reportes aquí mencionados estaban sesgados por la idea inicial de quién perpetró las susodichas atrocidades. Prejuicios raciales y religiosos fueron usados para basar las estimaciones de la devastación y la causa o causantes de esta. “Los informes oficiales otomanos, así como las declaraciones diplomáticas oficiales, restaron importancia a la magnitud y la trascendencia de la rebelión” (Kuneralp & Tokay, 2013). Estos informes afirman que murieron aproximadamente mil rebeldes después de que varios cientos de oficiales musulmanes fueran asesinados, y que la mayoría de los combates habían sido llevados a cabo por la población musulmana local. Los funcionarios turcos subrayaron repetidamente que los revolucionarios asesinaron a funcionarios locales, líderes de oración y otros administradores, establecieron fortificaciones armadas, se negaron repetidamente a rendirse y luego incendiaron sus propias casas cuando se retiraron a las colinas (Crampton, 2007). El levantamiento fue tan fácilmente sofocado que los observadores internacionales lo interpretaron como una masacre indiscriminada de los turcos sanguinarios contra la honrada población cristiana.

Las reacciones dadas por los periódicos en lengua búlgara, sin embargo, pueden ser divididas en dos grupos mayoritariamente correspondientes con la propia segmentación ideológica de las clases aburguesadas. Por un lado, aquellos periódicos de corte liberal burgués que defendían y profundizaron en la expansión de los horrores turcos hacia la población cristiana durante abril de 1876; por otro los denominados periódicos “turcófilos” que negaron o diluyeron las crueldades turcas (Tchaprazov, 2007). “Está claro que estos periódicos simpatizantes reimprimían y hacían circular rumores sobre horribles atrocidades sin investigar demasiado su autenticidad” (Whitehead, 2014). Las historias no se limitaron meramente al asesinato de la población civil, historias de otro tipo de vejaciones, como la violación comenzaron a llenar las páginas de los periódicos y los telegramas que llegaban a otras potencias europeas, tema que será analizado en el siguiente epígrafe, “Cuarenta niñas búlgaras, después de ser violadas, fueron quemadas vivas por estos monstruos en Kalofera” (Şimşir, 1988).

En muchos casos, los propios revolucionarios se convirtieron en historiadores. Cartas, notas, telegramas, proclamas, memorias y otras fuentes se reunieron y publicaron después de la guerra ruso-turca como “Materiales del renacimiento” para proporcionar “bloques de construcción” para futuras historias que celebrasen la liberación nacional de Bulgaria (Tamir, 1979). Como observa Roumen Daskalov, durante este periodo surgió un género “híbrido” de memorias, erudición histórica, periodismo y ficción histórica (Daskalov, 2004).

Los nacionalistas búlgaros guiaron eficazmente los relatos extranjeros sobre la insurrección búlgara. “Desde su estallido, la historia del Levantamiento de Abril se ha visto enturbiada por su profecía auto cumplida” (Whitehead, 2014). Los revolucionarios búlgaros, que se convirtieron en los primeros políticos, militares y administradores del país, también se convirtieron en los primeros historiadores del acontecimiento, embelleciendo comprensiblemente ciertos elementos y restando importancia a otros para apoyar sus aspiraciones políticas. La comprensión occidental de los Horrores Búlgaros como un ejemplo inexcusable de la inhumanidad turca infligida a cristianos búlgaros inocentes fue fundamental para asegurar la intervención de Rusia y la neutralidad de Gran Bretaña y otros poderes europeos, que finalmente dio lugar a la independencia de Bulgaria. Todo un nuevo género artístico emanó de la tragedia vivida y fue alimentado por el fervor y la educación de aquellos que organizaron el levantamiento y los prejuicios existentes dentro de la propia población europea.

6.3. La Imagen del Enemigo Turco en Rusia

Los anteriores epígrafes han pretendido crear una amplia pintura de cómo el Levantamiento de 1876 influyó en la codificación de un Estado búlgaro. A través de los canales de información existentes las clases burguesas del territorio propugnaron una imagen de víctimas bajo el calvario de la dominación otomana. Esta información, como hemos visto sesgada y usada como medios de propaganda en contra del imperio turco, fue reproducida en Europa, causando no sólo una política de no intervención en el territorio para sofocar las revueltas de carácter liberal, sino la propia injerencia del Imperio Ruso.

La amplia proliferación de estos relatos, tipificados y estilizados antes y durante el conflicto, alimentó el discurso propagandístico. Los llamamientos de los Comités Eslavos, publicados en diversos órganos de prensa y distribuidos también a las iglesias, comenzaban generalmente evocando las atrocidades cometidas.

Estos textos configuraron una representación del enemigo que se propagó tanto entre los combatientes como en el conjunto de la sociedad europea. Para la mayoría de los testigos y combatientes, estos relatos eran la única fuente de información sobre el enemigo. “El estudio de los diarios, las memorias y la correspondencia de la época atestiguan que estos relatos eran una fuente de miedo” (Soloviev, 1984). Es por tanto que aquellos relatos, crónicas y artículos pretendían, por un lado, difundir y afianzar un odio tenaz al enemigo y, por otro, despertar y reforzar la solidaridad nacional y cristiana a lo largo de Europa. Así, las historias de atrocidades parecen haber sido el medio más eficaz y duradero para movilizar el patriotismo cristiano, mayoritariamente ortodoxo-ruso en 1876.

El paso de la denuncia de las atrocidades al establecimiento de un discurso sobre el enemigo puede considerarse con la ayuda de la noción de “umbral de lo intolerable”, establecida por el historiador Alain Corbin. Una mutación de valores que inicia, durante el siglo XIX, el declive de la expresión pública de la violencia extrema. A partir de entonces se condenó como una práctica “asiática” y pasó a relegarse a un pasado de barbarie o a atribuirse a un “otro” extraño y amenazante. La denuncia de las crueldades pretende cuestionar el sistema político, social y religioso del Imperio Otomano. Como escribe Alain Corbin, “la percepción de una distancia cultural brutalmente revelada por el exceso de crueldad permite a la sociedad calmar su angustia mediante el aborrecimiento de los monstruos” (Corbin, 1988). La “retórica del órgano” que hemos analizado había generado tanto un poderoso sentimiento de compasión por las víctimas búlgaras como un sentimiento de indignación que pronto se convirtió en un imperativo moral que exigía una acción voluntarista.

No obstante, las imágenes del enemigo turco no nacieron en 1876, sino que se sustentaron en ideas preexistentes de la barbaridad otomana. Las historias de atrocidades alimentan el discurso sobre el enemigo, proporcionando el argumento central para establecer la diferencia irreductible entre el “salvaje” y el “civilizado”. De hecho, este argumento se basa en una larga tradición literaria. Las representaciones de los turcos, y más concretamente de los Bashir-Buzuk,⁵ forman parte de una larga tradición “orientalista” rusa. Durante este siglo la literatura occidental tendió a evocar las maravillas del Oriente indolente y sensual, con su serrallo y sus sultanes, lugar de una verdadera contracultura exótica en el imaginario ruso del siglo XIX. “La literatura desempeña un papel decisivo en la formación de la conciencia nacional y, al menos para el lector culto, esas imágenes adquirieron la fuerza de un estereotipo, de un juicio definitivo” (Platov,

⁵ Irregulares turcos que servían como soldados del Imperio Otomano a cambio de manutención y los bienes que pudieran saquear. En Europa se extendieron mitos sobre las brutales prácticas de estos soldados, particularmente sobre sus formas de empalamiento y las violaciones a mujeres.

2008). En la segunda mitad del siglo XIX, este mundo imaginario se difundió ampliamente a través de la prensa, la literatura y la imaginaria popular. La violencia y la sensualidad se representan siempre como dos atributos fundamentales de las tribus musulmanas, y esta imagen se exacerbó con las guerras nacionalistas en los Balcanes.

Pese a que, para el presente estudio, discernir los conflictos geopolíticos previos al Levantamiento de 1876 no es de vital importancia, es necesario clarificar que la gran mayoría del siglo XIX había estado dominado por las luchas constante entre el Imperio Ruso y el Imperio Otomano para la dominación del Mar Negro (Pereira, 2015).

Los eventos ocurridos en el Levantamiento de 1876 se tradujeron rápidamente al ruso y la opinión popular se volcó hacia aquellas ideas preconcebidas mencionadas con anterioridad, “los rusos veían en la liberación de los eslavos una guerra justa, incluso santa” (Audoin-Rouzeau & Becker, 2000). Para contrarrestar los estereotipos negativos sobre los Balcanes en Occidente, se propuso demostrar que los búlgaros pertenecen a la civilización europea

“Los pueblos eslavos se parecen mucho entre sí en la expresión facial, la voz, los gestos. Cuando el ruso, el búlgaro, el serbio, el montenegrino y el checo hablan cada uno su lengua materna, se entienden sin dificultad” (MacGahan, 1876).

La etnia búlgara quedó entonces excluida de la imagen de salvajes que correspondía a aquellos que habitaban en el Imperio Otomano. La identidad de las víctimas, civilizadas y similares a los rusos, se convirtió en una cuestión nacional.

La denuncia de las crueldades pretende cuestionar el sistema político, social y religioso del Imperio Otomano. En el proceso, la diferencia entre el enemigo y uno mismo tiende a convertirse en una diferencia radical; el enemigo se coloca bajo el signo de una monstruosa extrañeza alimentada por memorias literarias, históricas y religiosas. Pero en la medida en que esta diferencia también implica un distanciamiento del propio pasado ruso, también refuerza la imagen de una sociedad que aspiraba a ser miembro de pleno derecho del mundo civilizado europeo (Corbin, 1988). En un movimiento que delata un complejo de inferioridad frente a Occidente, los círculos cultos descubrieron la vocación de Rusia de convertirse en el abanderado de la civilización europea en Asia. La evocación de las masacres dio lugar a una verdadera inversión de valores que llevó a Rusia a la cima del mundo civilizado. “Para los rusos, el problema llega al corazón de la cuestión de la identidad nacional. El encuentro y el conflicto con Asia formaron parte del tejido mismo de su historia” (Corbin, 1988).

6.4. Propaganda en el Arte: Análisis de Las Mártires Búlgaras

Si bien como se ha escrito con anterioridad, el arte puede formar parte de un medio propagandístico supeditado al poder de la clase política, el Levantamiento de 1876 no fue una excepción, especialmente entre las clases altas rusas que intentaron legitimar a ojos de la opinión pública la intervención en el territorio balcánico. Las exposiciones de arte se convirtieron en un medio rutinario para visualizar los horrores imaginarios que acontecían en Bulgaria.

La sexualidad y la blasfemia se convirtieron en uno de los temas recurrentes de estas exposiciones si bien alentadas por el estereotipo islámico. “La violación de mujeres, manifestación de la sensualidad “oriental”, bestial y sin límites, es uno de los temas más explotados, según los testimonios publicados en la prensa, y comúnmente asociados al tema de la blasfemia contra Dios” (Platov, 2008). Esta asociación pretende mostrar cómo el enemigo transgrede tanto las leyes divinas como las humanas. De hecho, existe una convergencia de temas y motivos entre las publicaciones dirigidas a un público popular y las destinadas a un público académico. MacGahan⁶ cuenta la historia de Rajka, la “reina búlgara”, que fue golpeada y violada por los turcos mientras se preparaba para la carrera de maestra. Hija de un sacerdote, y además maestra, viene a personificar, por derecho propio, el martirio de su pueblo. Distinguida por su belleza e inteligencia, fue tras la muerte de su padre, asesinado en su iglesia, después de haber bendecido la “santa causa” de los insurgentes (MacGahan, 1876), cuando tomó parte en la insurrección. En un dibujo de Gaanen publicado en la revista *Niva*⁷, titulado *Crónica ilustrada de la guerra*, dos jóvenes son apresadas por las fuerzas irregulares turcas durante la masacre, mientras a una le arrancan de los brazos a su hijo. El caso se considera representativo de la naturaleza salvaje del enemigo: “Los turcos son ciertamente una gran nación, en lo que respecta al saqueo, la masacre y la bestialidad” (MacGahan, 1876). Muchos casos similares demuestran que se estableció una estrecha correspondencia entre el ataque al cuerpo de las mujeres y la profanación de la nación búlgara. Esta correlación se establece puesto que, antropológicamente, la feminidad está ligada con los valores de la nación, a fin de cuentas, de la mujer emanan los sujetos de esta (Pettman, 1996). En las imágenes, la mayoría de las veces Bulgaria aparece como una mujer, siendo violada o torturada sexualmente por los mercenarios turcos. Las mártires búlgaras son un ejemplo sobrecogedor.

⁶ Januarius Aloysius MacGahan (1844-1877) fue un famoso corresponsal americano para el *New York Herald*, cuyos reportajes sobre la violencia y las atrocidades cometidas por el Imperio Otomano en Bulgaria, llevaron a la no intervención de otras potencias europeas en la consiguiente guerra Ruso-Turca (Crampton, 2007).

⁷ Popular revista publicada en San Petersburgo desde 1869 hasta 1918. Entre sus contribuyentes se encontraban altas figuras de la literatura rusa del momento como Tolstoi, y Chejov (Brooks, 1985)



Gaanem, F. (1876) *Illustrirovannaja hronika vojny* n° 61 [Grafito sobre papel] Revista Niva.

En 1877, Konstantin Makovskij expuso el cuadro titulado *Bolgarskie mučeniczy* (*Las mártires búlgaras*) y a cuyo análisis atañen los párrafos finales de esta tesis. Expuesta en la Academia de Artes, fue visitada por un gran número de personas y fue tema de conversación en la sociedad culta de San Petersburgo. Según un relato, el propio emperador rompió a llorar ante el cuadro durante una visita a la exposición (Platov, 2008).

Este cuadro representa una escena ya conocida para quienes leían los periódicos rusos en la medida en que equiparaban los ultrajes sexuales con el martirio religioso (Platov, 2008). Esta correspondencia, que establece el título del cuadro, se ve reforzada aquí por la ubicación de la escena en el interior de una iglesia saqueada, cuyo altar ha sido profanado tanto por la violación como por la masacre, recurriendo a la idea del islam como antagonista del cristiano ortodoxo y constituyendo el deber de ayudar a los hermanos búlgaros en un deber santo. La primera víctima es una joven búlgara, que yace desnuda y ensangrentada, en cuyo regazo se coloca un evangelio abierto, equiparando la muerte de la joven con el martirio por la fe. La posición de esta joven no es casual, sino que sus ojos se pierden en el vacío dirigiéndose al espectador; espectador impasible ante su tortura, intentando sustraer un sentimiento de culpabilidad de este (Revilla, 2010). Otra joven con un niño en brazos está a punto de ser desnudada por bachi-bouzouks de



Makovsky, K. (1877) *Los mártires búlgaros* [Óleo sobre lienzo] Colección particular.

aspecto bestial. El cuadro no evoca directamente la violación, sino que deja al espectador informado para que se imagine lo que ocurre a continuación; la mezcla de erotismo y violencia en el cuadro es representativa de esta producción bélica y de la perpetuación del estereotipo turco como una bestia más que un hombre.

Hay tres agresores; el primer agresor que llama nuestra atención es la persona negra que se encuentra en mitad de la escena, detrás de la joven cautiva, probablemente reflejando el rumor que corría en la época sobre la “legión egipcia”, con fama de ser más feroz que los propios bachi-bouzouks. La distancia geográfica y el exotismo asociado a ella están en relación directa con la intensidad de la violencia. El segundo hombre, que se encuentra de espaldas a nosotros, se muestra impasible ante el sufrimiento, incluso parece estar en una pose de satisfacción con los brazos en jarras. El tercer hombre representa la figura casi mitológica del bachi-bouzouks. En su aspecto se destaca la inhumanidad, exaltada por sus ropajes de pieles que le confieren aspecto de bestia. “La fealdad de los bachi-bouzouks se refleja en la falta de proporción de los miembros del cuerpo: una cabeza desproporcionadamente grande, ojos salvajes y retraídos. También se distingue por el crecimiento anormal del pelo, y acaba pareciendo un subhumano cuyo rostro sólo expresa ignorancia y salvajismo” (Turan, 2007).

Es también importante remarcar que pese a que a lo largo de esta tesis se ha referido al cuadro como *Las Mártires Búlgaras*, la traducción oficial al castellano las titula como *Los Mártires Búlgaros*, si bien aquellas torturadas, no cabe la menor duda, son mujeres. Esto no es sino una muestra de la falta de estudio de la susodicha pintura.

Violaciones, sacrilegios, masacres de mujeres y niños: el cuadro se presenta como una verdadera enciclopedia visual de los relatos publicados en la prensa, con la intención de apelar a la conciencia humanitaria y religiosa del espectador. La movilización en torno al tema nacional y religioso expone los horrores a los que la población bajo el dominio otomano estaba sometida, desafiando el honor nacional ruso y recordando las raíces comunes de rusos y eslavos como hermanos de la cristiandad.

7. Conclusiones

La cohesión entre arte y política ha sido ampliamente estudiada. Si bien como forma de irreverencia hacia el *status quo* o como herramienta de carácter propagandístico, foco principal del presente estudio. No obstante, el foco ha sido limitado en la mayoría del mundo académico a ejemplos contemporáneos, principalmente a raíz de la Primera Guerra Mundial y su consiguiente extensión durante el siglo XX.

Asimismo, los estudios pertinentes a Europa del Este son limitados y en ocasiones quedan impregnados de un halo de misticismo, brujería o, más contemporáneamente, subdesarrollo que han relegado la región a un papel secundario, sin reconocer su crucial importancia para el entendimiento de las dinámicas histórico políticas europeas.

Esta breve disertación ha tenido como objetivo unir estos dos tópicos y unificarlos en pos de llenar un vacío en el mundo académico existente. Así pues, se puede concluir que las exposiciones de arte, las caricaturas y otras formas de manifestación artística tuvieron un impacto primordial en la movilización a favor de los revolucionarios búlgaros en su lucha por la independencia del Imperio Otomano. Si bien estos cuadros estaban marcados por dos factores fundamentales: En primer lugar, los existentes estereotipos xenófobos en contra del Imperio Otomano, los cuales fueron aumentados y extrapolados a su capacidad de supervivencia en el contexto moderno filosófico del momento. Por otro, el afán de ciertas potencias, principalmente el Imperio Ruso colindante de extender su dominación territorial hacia el Mar Negro.

El arte naciente en este contexto queda entonces impregnado de una característica política. Si bien se podía argumentar que se crea como forma de denuncia ante las atrocidades otomanas, el estrecho nexo entre artista y mecenas del momento y la conveniencia de estos con las aspiraciones políticas ruso-búlgaras, hace casi imposible no ver estas manifestaciones artísticas como una forma de propaganda con el fin de convencer a la opinión pública de la necesidad de una guerra contra el enemigo turco. Así se movilizan pasiones, sentimientos negativos de horror y odio, pero también de deber nacional para con los hermanos búlgaros.

En un contexto de revoluciones sociales, romanticismo y movimientos nacionalistas, Las Mártires Búlgaras surgen como el máximo exponente del uso de propaganda política en el arte del siglo XIX.

Poco conocidas, ocultas tras el paso del tiempo y la tendencia a olvidar los eventos que acontecieron en Europa del Este, este cuadro nos recuerda la importancia de analizar la historia de nuevo, de romper las estructuras preconcebidas existentes y usar un ojo crítico para contextualizar los eventos sucedidos con anterioridad. Reestructurar los hechos que nos han sido transmitidos como dogmas, no sólo es crucial para la búsqueda de la verdad, pero para entender nuestro futuro y, sobre todo, nuestro presente.

8. Bibliografía

- Audoin-Rouzeau, S. & Becker, A. (2000). *14-18, retrouver la Guerre*. París: Folio Histoire.
- Bernard, L. (1958). Some Reflections on the Decline of the Ottoman Empire. *Studia Islamica*, 111-127.
- Berry, M. (2018). *War, women, and power: from violence to mobilization in Rwanda and Bosnia-Herzegovina*. New York: Cambridge University Press.
- Breton, R., & Pinard, M. (1960). Group formation among immigrants: Criteria and process. *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 465-477.
- Breuilly, J. (2013). *The Oxford handbook of the history of nationalism*. Oxford: Oxford handbooks.
- Brooks, J. (1985). *When Russia Learned to Read: Literacy and Popular Literature, 1861-1917*. Princeton: Princeton University Press.
- Brown, J. (1963). *Techniques of Persuasion: From Propaganda to Brainwashin*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Casino, E. (1985). The Parameters of Ethnicity Research. In F. Riggs, *Introduction to Ethnicity/Intercoccta Glossary: Concepts and Terms Used in Ethnicity Research* (p. 25). UNESCO International Conceptual Encyclopedia for the Social Sciences.
- Cedeño, J. (2010). Arte y política. Entre propaganda y resistencia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 221-243.
- Clark, T. (2000). *Arte y propaganda en el siglo xx. La imagen política en la era de la cultura de masas*. Madrid: Akal.
- Condon, J. (1975). *Semantics and Communication Condon*. Nueva York: Mcmillan.
- Connor, W. (1975). *The Study of Nationalism: A Bibliographic Essay on the Literature*. Washington, D.C.
- Corbin, A. (1988). *Le territoire du vide: L'occident et le désir du rivage (1750-1840)*. Aubière.
- Crampton, R. (2007). *Bulgaria*. Oxford: Oxford University Press.

- Creed, G. (2004). Constituted through Conflict & Images of Community (And Nation) in Bulgarian Rural Ritual. *American Anthropologist*, 56-70.
- Daskalov, R. (2004). *The Making of a Nation in the Balkans*. New York: Central European University Press.
- Eco, U. (1968). *La definición del arte*. Milano: Ediciones Martínez Roca.
- Finkel, C. (2005). *Osman's Dream: The Story of the Ottoman Empire, 1300-1923*. New York: Basic.
- Glenny, M. (1999). *The Balkans: Nationalism, War, and the Great Powers, 1804-1999*. London: Penguin.
- Hanioglu, (2008). *A Brief History of the Late Ottoman Empire*. New York: Princeton University Press.
- Hranova, A. (2005). Historical Myths: The Bulgarian Case of Pride and Prejudice. In P. Kolstø, *Myths and Boundaries in Eastern Europe* (pp. 297-324). London: C. Hurst.
- Hutchinson, J., & Smith, A. D. (1995). *Nationalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Inalcik, H., & Quataert, D. (1994). *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300- 1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Karpat, K. (1990). *The Turks of Bulgaria: The History, Culture and Political Fate of a Minority*. Estambul: Isis Press.
- Kolstø, P. (2005). *Myths and Boundaries in Eastern Europe*. London: C. Hurst.
- Koslin, A. (1958). *The Megali Idea—A Study of Greek Nationalism*. Baltimore: Faculty of Philosophy of The John Hopkins University.
- Kuneralp, S., & Tokay, G. (2013). *Ottoman Diplomatic Documents on “The Eastern Question”: The Balkan Crisis (1875-1878)*. Istanbul: Isis.
- Lampe, P. (1982). Ethnic Labels: Naming or Name Calling?. *Ethnic and Racial Studies*, 542-8.
- Leuba, H. J. (1925). *The Psychology of Religious Mysticism*. Oxon: Routledge.
- MacGahan, J. A. (1876). Turkish Atrocities in Bulgaria, Letters of the Special Commissioner of the “Daily News”. *Daily News*.
- McReynolds, S. (1991). *The News Under Russia's Old Regime: the Development of a Mass-Circulation Press*. Pinceton: Princeton University Press.

- Meininger, T. (1977). The Response of the Bulgarian People to the April Uprising. *Southeastern Europe*, 250-261.
- Millman, R. (1980). The Bulgarian Massacres Reconsidered. *The Slavonic and East European Review*, 218-231.
- Mirkovic, A. (2010). Did the Balkans Have a Renaissance? *World Hisptory Bulletin*, 24-28.
- Monger, D. (2012). *Patriotism and Propaganda in First World War Britain : The National War Aims Committee and Civilian Morale*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Mühlmann, W. (1964). *Race, Ethnia and Culture*. Berlin: Luchterhand.
- Nachov, N. (1926). *Hristo Botev: On the Fiftieth Anniversary of his Death*. Sofia: State Printing.
- Pereira, J. C. (2015). *Historia de las Relaciones internacionales Contemporáneas*. Barcelona: Ariel.
- Pettman, J. (1996). *Worlding Women: A Feminist International Politics*. New York: Routledge.
- Pineda, A. (2006). *Elementos para una teoría comunicacional de la propaganda*. Sevilla: Ediciones Alfar.
- Pizarroso, A. (2005). *Nuevas guerras, vieja propaganda: de Vietnam a Irak*. Madrid: Cátedra.
- Platov, I. (2008). Barbare et infidèle: L'image de l'ennemi turc dans la guerre de 1876-1878 en Russie à travers la presse, les brochures de propagande, les correspondances et les mémoires. *Cahiers balkaniques*, 1-23.
- Read, H. (1977). *Arte y Sociedad*. Barcelona: Ediciones Peninsula.
- Revilla, F. (2010). *Diccionario de iconografía y simbología*. Madrid: Cátedra.
- Rose, K. (2014). The First World War: Propaganda and Recruitment. *Emerald Group Publishing Limited*, 41-46.
- Şimşir, B. (1988). *The Turks of Bulgaria (1878-1985)*. London: K. Rustem.
- Smith, A. D. (1981). *The Ethnic Revival in the Modern World..* Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, A. (1995). *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- Snyder, L. (1990). *Encyclopedia of Nationalism*. New York: Paragon House.
- Soloviev, V. (1984). Trois entretiens sur la guerre, la morale et la religion. *O.E.I.L.*, 71-73.

- Tamir, V. (1979). *Bulgaria and Her Jews: The History of a Dubious Symbiosis*. New York: Yeshiva University Press.
- Tchaprazov, S. (2007). *The British Empire Revisited through the Lens of the Eastern Question. Victorian Internationalisms*.
- Theodorson, G., & Theodorson. (1969). *A Modern Dictionary of Sociology*. New York: Thomas Crowell Co.
- Todorova, M. (1994). The Balkans from Discover to Invention. *Slavic Review*, 453-482.
- Tonkin, E., McDonald, M., & Chapman, M. (1989). *History and Ethnicity*. London: Routledge.
- Turan, Ö. (2007). *The Ottoman-Russian War of 1877-78*. Ankara: Middle East University Press.
- Tzaneva, E. (2015). *Ethnosymbolism and the Dynamics of Identity*. New Castle: Cambridge Scholars Publishing.
- Williams, C. (1982). *National Separatism*. Cardiff: University of Wales Press.
- Whitehead, C. (2014). *The Bulgarian horrors: culture and the international history of the great eastern crisis, 1876-1878*. Vancouver: The university of British Columbia.
- Wright, M. (1956). *The Power Élite*. Nueva York: Oxford University Press.